
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

SERMON

PREDICADO

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

DE CADIZ,

EL DIA 5 DE NOVIEMBRE DE 1866,

EN LA

SOLEMNE FIESTA DE ACCION DE GRACIAS

CELEBRADA

A EXPENSAS DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

POR EL TRIUNFO

QUE LA ESCUADRA ESPAÑOLA

ALCANZÓ

EN LA ACCION DEL CALLAO

el dia 2 de Mayo último.

CON ASISTENCIA DE AMBOS CABILDOS Y DE LOS GEFES, OFICIALES Y GUARDIAS MARINAS DE LA FRAGATA

VILLA DE MADRID,

PROCEDENTE DE AQUELLA ESPEDICION.

POR EL DOCTOR

D. José María de Urquinaona,

DIGNIDAD DE ARCIPRESTE DE LA REFERIDA SANTA IGLESIA, MISIONERO APOSTÓLICO Y PREDICADOR DE S. M.

IMPRESO POR ACUERDO DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO.

CADIZ.

EDUARDO GAUTIER, LIBRERO-EDITOR,

CALLE DE SAN FRANCISCO, NÚMERO 25.

1866.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA,
A CARGO DE D. FEDERICO JOLY,
CALLE DE LA BOMBA, NÚMERO 1.

✠

Dextera Domini fecit virtutem: dextera Domini exaltavit me: dextera Domini fecit virtutem. Non moriar, sed vivam: et narrabo opera Domini.

La diestra del Señor ha obrado prodigios: la diestra del Señor me ha exaltado: la diestra del Señor ha obrado prodigios. No moriré, sino por el contrario viviré y publicaré las maravillas del Señor.—
SALMO 117—verso 16 y 17.

Nunca la religion aparece mas bella é interesante á la contemplacion de nuestra alma, nunca mas digna del Dios, á quien por medio de ella damos culto y del hombre que por la misma se enlaza y estrecha con la Divinidad, nunca mas acreedora á nuestro aprecio y nuestro respeto que cuando se muestra enlazada con los grandes intereses que ocupan nuestro corazon en el mundo y forman debajo del cielo nuestra gloria y felicidad. Cuando en el dia de la adversidad dirije á nosotros una mirada de compasion, y nos habla palabras de consuelo y nos estiende su brazo protector para evitar nuestra desgracia. Cuando con mano cariñosa y esforzada nos levanta de una lastimosa ruina, vuelve la paz y la seguridad á nuestro espiritu y nos ofrece un venturoso porvenir. Cuando se pone delante de nuestras mas gloriosas empresas para abrirnos la senda y desembarazarnos el camino. Cuando con su virtud nos prepara para las luchas mas formidables y en lo mas empeñado de ellas nos comunica el valor y la fortaleza y con

su oracion y sus méritos nos alcanza el triunfo, y participando de nuestras mismas satisfacciones se abraza con nosotros el dia de la victoria para congratularse de nuestra dicha y en sus brazos llena de júbilo y de ternura nos trae á su propio templo y con el magnífico aparato de sus mas grandes solemnidades canta himnos de alabanza y ofrece su sacrificio eucarístico para dar gracias por el beneficio á la misericordia del Señor.

Estos hechos profundamente significativos que se encuentran en casi todas las páginas de la historia, estas escenas de grande interés que pasan con frecuencia delante de nuestra vista hablan muy alto á la inteligencia y al corazon humano en favor de la religion; porque nos persuaden con una fuerza irresistible y hasta con uncion divina su verdad y su importancia. Ahí sobre ese terreno con lenguaje mudo, pero enérgico, elocuente, patético, encantador nos convence el cielo de que la religion es obra de su misericordia, que mas bien que por Dios, que para nada necesita de nuestros cultos, se ha instituido por el hombre que tanto necesita de su amor y proteccion; para ponernos en comunicacion con él, para merecernos sus finezas y sus beneficios, para ser nuestra guia, nuestro apoyo y nuestro consuelo en el mundo y el fundamento sólido, aun en el órden de los bienes temporales, de nuestra gloria y felicidad.

Estudiando el hombre estas lecciones prácticas lo mismo en los hechos particulares que se desenlazan dentro del hogar doméstico que en los grandes acontecitos que se desprenden de la historia del mundo se hace por necesidad profundamente religioso; y lejos de rechazar la religion como un yugo insoportable, á la manera del incrédulo insensato y el desenfrenado libertino, se abraza con ella como tabla única de salvacion con que podemos contar con sólidas esperanzas en el

proceloso mar de este siglo: lleno de gratitud y hasta de entusiasmo bendice á la Divina Misericordia por haberle infundido su fé, y con extraordinario esfuerzo se confirma en ella y se dedica al cumplimiento de sus preceptos y á la observancia de sus santas prácticas buscando en su misma religiosidad esa mina inagotable de bienes que contiene para nosotros la religion.

Sres., yo fundado en estos principios no estraño que nuestra nacion española tenga la gloria de llamarse católica por excelencia. Este esclarecidísimo título que revela á todas luces una fé viva y ardiente, un amor entrañable á su religion, un zelo esforzado por la defensa de su causa, todo esto Sres., es como una consecuencia de los hechos que forman nuestra historia: en ellos en efecto salta á los ojos de una manera muy notable esa gran verdad, que la religion es la consoladora de la humanidad, el auxilio mas poderoso de los hombres, la que prepara el gran porvenir de las naciones y forma sus dias mas brillante de gloria y felicidad.

Todas nuestras glorias nacionales desde la atrevida empresa acometida por el valiente D. Pelayo para rescatar la libertad y la independencia de España hasta nuestra última campaña de Africa, todas están enlazadas con la religion. En uno y en otro continente ha caminado siempre el estandarte de la cruz delante de nosotros: abrazado el sacerdocio con la milicia se hicieron nuestras conquistas mas célebres: bajo el amparo del ínclito apóstol Santiago y de la Inmaculada Vírgen María se alcanzaron nuestras victorias mas insignes; y en testimonio de ello podria yo presentar la fundacion de nuestras mas suntuosas catedrales, de nuestros templos mas magníficos é innumerables monumentos religiosos que deben su existencia á un glorioso hecho de armas realizado al abrigo de la religion.

¿Pero á qué, Sres., volver atrás la vista, á qué des-

envolver los pergaminos de la historia cuando estamos palpando una escena interesantísima que viene hoy á enlazarse con todos esos acontecimientos de nuestra España que tanto dicen en favor de la religion?

¿Qué significa, esta solemne fiesta sino que la la religion participa del gozo que inunda á esta heróica ciudad y á toda la Nacion Española por el glorioso triunfo que nuestra ínclita marina acaba de conseguir en las aguas del Pacífico? que abre á los fieles las puertas de su primer templo para que vengan á regocijarse con ella en la presencia del Señor, y estrechado ante el altar el sacerdocio con la milicia y con el pueblo, poseido de un mismo entusiasmo entona sus cánticos de gloria, dando el parabien á nuestra marina por esa campaña ilustre en que se ha coronado de tanta gloria, y al pueblo de Cádiz porque ha visto nacer en su suelo y en su escuela naval se han educado muchos de esos bravos y entendidos militares, y á la nacion entera por la singular honra que le resulta de presentar á sus enemigos un cuerpo de ejército capaz de confundir su insolencia, de abatir su orgullo y levantar nuestro pabellon á la altura en que lo estuvo en los mejores tiempos del reinado de Castilla?

Pero, Sres., aun no lo he dicho todo: la fiesta que estamos celebrando significa todavía mucho mas: es una fiesta de accion de gracias, y cuando se dan gracias á Dios, claro es que se reconoce haber recibido de Dios el beneficio, y si de Dios lo hemos recibido no puede haber sido sino por medio de la religion, que es la que nos pone en comunicacion con él y nos merece sus gracias y favores.

Resulta, pues, que este glorioso hecho de armas, como todos los de nuestro pais, se debe á la religion, que ella ha estado en él con nosotros, que ella es la que ha preparado el triunfo, la que lo ha conseguido,

la que por lo mismo merece toda nuestra gratitud, sin que por eso debamos no estar muy agradecidos, agradecidísimos á los ínclitos marinos por cuyo medio se ha alcanzado la victoria.

Precisamente me propongo yo hacer valer en este discurso todo lo que en ellos hay de grande, de heróico, de admirable: lo que tan dignos los hace de nuestro aprecio, de nuestro entusiasmo, de las distinciones y adelantos con que han venido á remunerarse sus importantes servicios. Pero en todo eso voy yo á mostraros la obra de la religion, la obra de Dios, para tratar el asunto de una manera digna de mi santo ministerio, para despertar en vuestros corazones los piadosos sentimientos con que debe tributarse esta solemne accion de gracias, para entrañar la religion en vuestras almas como medio segurísimo de alcanzar siempre la gloria y la felicidad.

Esplicaré, Sres., con toda claridad mi pensamiento, que naturalmente se desprende de las palabras de los libros Santos fijadas al frente del discurso. *Dextera Domini fecit virtutem: dextera Domini exaltavit me: dextera Domini fecit virtutem. Non moriar sed vivam et narrabo opera Domini.* La diestra del Señor ha obrado prodigios: la diestra del Señor me ha exaltado: la diestra del Señor ha obrado prodigios. No moriré, antes bien viviré y publicaré las maravillas del Señor.

Haceros ver los prodigios de virtud que la diestra del Señor ha obrado en nuestra marina preparando el triunfo, los cuales de suyo son ya muy suficientes para exaltarla y con ella á nuestro país: este vá á ser mi empeño en la primera parte del discurso. *Dextera Domini fecit virtutem: dextera Domini exaltavit me.* Manifestaros asimismo los prodigios de pericia militar, de valor y de fortaleza que ha obrado su mano omnipotente en los momentos de la lucha para proporcionar el triunfo,

que nos muestra hoy á este benemérito cuerpo lleno de vida y de una vida gloriosa, que levanta muy alto el honor de España y nos obliga á bendecir los favores del cielo y á publicar con religioso entusiasmo las maravillas del Señor: este será el objeto de mi segunda parte *Dextera Domini fecit virtutem, non moriar, sed vivam et narrabo opera Domini.*

Sres., en medio de la satisfaccion grande, de la satisfaccion extraordinaria que yo tengo en pronunciar este discurso; porque en él se interesan con las glorias de la religion de Jesucristo, de que soy ministro aunque indigno, las de la Nacion Española á que me honro de pertenecer, siento mucho, muchísimo el peso enorme de mi insuficiencia: conozco que la materia es digna de ser tratada por un sacerdote de mejores condiciones oratorias: por lo mismo me adelanto á pediros indulgencia, á ofreceros en cambio de un brillante discurso los deseos de mi corazon, á rogaros que dobleis conmigo la rodilla delante del tabernáculo para ayudarme á pedir al Señor que aleje de mi las pretensiones de una gloria vana que siempre debe estar muy lejos del orador sagrado, que no permita que mis labios pronuncien ni siquiera una palabra que sea indigna de mi santo ministerio, que me inspire pensamientos cristianos, cuales corresponden á la delicada mision que ejerzo, y me comunique el fuego de su divina caridad, preparando á la vez vuestras almas, á fin de que todo resulte en mayor gloria suya, último término adonde siempre deben ir á parar nuestras obras.

Ya sabeis que las gracias del cielo quien nos las alcanza es María, la Inmaculada María, Patrona ínclita de España y sus Indias. Vamos, pues, á pedirle fervorosamente los auxilios que necesitamos, repitiendo en su honor las palabras del Arcangal.

Dios te salve María.

Son las guerras, Sres. el peor enemigo de la humanidad; porque derraman una sangre inocente, y con muerte violenta y de una manera espantosa, que á veces instantáneamente acaba con nuestra existencia devorando en un momento todo nuestro ser, mientras en otras ocasiones nos lleva al sepulcro á paso lento, haciéndonos sufrir dolores agudisimos y terribles amputaciones en que consuma grandes sacrificios la sensibilidad; y sus estragos suelen llegar á tanto que las víctimas no pueden numerarse, amontonándose los cadáveres en la tierra y tiñéndose los mares con sangre humana: solo de imaginar semejantes escenas se lastima fuertemente el corazon, se llena de horror el alma y á todo trance las quisiera evitar

Son las guerras verdaderas calamidades para los pueblos; porque consumen su erario, agotan sus fuerzas físicas, sacrifican sus hombres mas eminentes, multiplican sus afanes y compromisos, y trastornando su marcha uniforme en todos los terrenos sociales, sobre impedir de hecho sus progresos, su bien, su prosperidad, les ocasionan males gravísimos de enorme trascendencia, que á veces arrastran las naciones á su ruina, y á una ruina irreparable de que no logran levantarse jamás.

Son por lo mismo las guerras castigos y castigos muy terribles de la Divina justicia con que el Señor toma venganza de los pueblos cuando le provocan con sus crímenes: no hay mas que abrir los libros del antiguo testamento para convencerse de esta verdad de una manera imponente; porque nada mas espantoso que las amenazas que sobre este punto se registran en el Levítico, en el Deuteronomio y en todos los Profetas, y los hechos consignados en los mismos libros y en todos los históricos, que nos muestran horriblemente diezmado el pueblo de Dios á manos de sus enemigos,

contándose sus víctimas por millares cuando se precipitaban en lamentables escesos con los cuales ofendian gravisimamente la Divina Magestad.

Son sobre todo esto las guerras un mal moral, un verdadero padron de ignominia para la pobre naturaleza humana, que nos muestra los estravíos del corazon y de la inteligencia, causa única de esas discordias y rebeliones que tanto hacen sufrir á la humanidad. Señores, los que tenemos una misma alma, un alma quiero decir de igual naturaleza, deberíamos siempre pensar lo mismo y querer lo mismo, como lo piensan y quieren las tres personas de la Trinidad Beatísima, en las cuales no hay mas que un solo entendimiento y una sola voluntad.

Los hombres que proceden de un mismo padre y han sido criados para un mismo fin, deberian siempre amarse como hermanos, sin levantar jamás la mano el uno contra el otro: sobre todo siempre deberia conservarse la union mas perfecta entre los que profesamos una religion de verdad y de justicia, que se inauguró en el mundo con el celestial anuncio de una paz venturosa, y á costa del sacrificio del hombre Dios se propuso acabar con las pasiones, entronizando la caridad divina en nuestras almas para que fuera como una mina fecundísima de todas las virtudes que restableciera nuestros derechos, remediara nuestras necesidades y obrara la dicha y gloria de nuestra generacion primero en el tiempo y luego en la eternidad.

Así sucedia en la edad de oro del cristianismo; en aquellos tiempos felices no se conocian guerras entre los cristianos, vivian todos tan unidos, tan identificados que segun se nos refiere en el libro de los hechos Apostólicos daban muestras de no tener mas que un corazon y un alma: un alma para pensar en Dios y servirle con la mas perfecta fidelidad, un corazon para amar-

se recíprocamente al modo que nos amó Jesucristo dando su vida por nosotros. Pero las pasiones indomables del corazon humano trastornaron bien pronto esa armonía perfectísima é introdujeron las guerras en el cristianismo haciendo que unos se sublevaran con otros, á despecho de lo que exije la verdad eterna que creemos y la ley santa que profesamos.

Por esa rebelion de las pasiones las guerras vinieron á ser como necesarias entre nosotros; porque necesario es al buen órden de la sociedad que se defienda al inocente y se castigue al culpable, que se sostengan los derechos legítimos, que se vengue el honor ultrajado de las naciones, que se refrenen las ambiciones injustas, que se indemnicen los daños criminalmente ocasionados y á unas persecuciones se opongan otras, cuando no hay otro modo razonable de evitarlas y ponerse á cubierto de su golpe desolador. Y como la religion, Señores, sabe conciliar con sus principios todas nuestras necesidades y siempre se pone á nuestro lado en el dia de la adversidad, con la misma voz con que nos manda amarnos y respetarnos y nos exhorta á conciliar amistosamente nuestras diferencias y nos prohibe derramar la sangre de nuestro hermano, con la misma nos manda desenvainar la espada, acometer á los enemigos del órden público, y sacrificar con la vida agena nuestra propia existencia, cuando así lo exije el bien de la pátria: y ordena al soldado que pelee con decision y fortaleza y acusa su infidelidad y cobardía como un crímen, si abandona las filas cuando peligran los grandes intereses sociales, y sobre la sangre de su sacrificio derrama á veces el tesoro de sus indulgencias para que reciba el galardon eterno en el momento de consumarlo, volando el alma libre de culpa y pena á la region de la inmortalidad.

Ved ahí, hombres del siglo, lo que es en tiempos

de guerra nuestra religion de paz, y no la acuseis no de retrógada, ni de egoista, ni de enemiga de los progresos y de las glorias nacionales; sino por el contrario reconoced en ella como el primer agente, el alma, por decirlo así, de nuestras batallas; porque nuestra religion santa es la que con su doctrina inspirada y con sus indefectibles esperanzas forma los héroes de la guerra, los soldados valientes y esforzados que alcanzan á las naciones sus triunfos.

¡Oh y cuánto dicen en esta parte la fundacion y la historia de las célebres Ordenes militares de Santiago, Alcántara, Montera, Trujillo, San Juan y otras semejantes que formaron en los cláustros nuestros militares mas insignes, y prepararon al pié de los altares las empresas mas arriesgadas en el terreno de la lucha, unas proezas militares que fueron el asombro del mundo y llenan por lo mismo de gloria á la religion.

Pero sin necesidad de estendernos á tanto solo con leer la admirable exhortacion de San Bernardo á los guardias del templo, nos encontraremos entre los pensamientos mas elevados y cristianos con el modelo de la mejor disciplina militar en lo mas empeñado de una batalla para conseguir un glorioso triunfo. Tan cierto es, Señores, que la religion de Jesucristo, que tan amiga es de la paz, dispone al hombre para la guerra, lo forma y lo perfecciona en ese entricado ejercicio. Este es cabalmente el gran prodigio de la diestra del Señor que quiero yo mostraros en nuestros marinos. *Dextera Domini fecit virtutem.*

Necesaria se hizo la guerra entre España y las repúblicas de Chile y el Perú, porque sobre el antiguo pecado de su independencia que las sublevó contra la madre patria, emancipándolas de la nacion católica que las conquistó con su noble sangre, las formó en la vida social, les comunicó su civilizacion y su fé; sobre ese vicio

de su constitucion política, ya olvidado y hasta perdonado por nuestros generosos Monarcas, añadieron el de la falsedad, la injusticia y la insolencia, cebándose inicuamente en los intereses y las personas de nuestros súbditos españoles, despreciando nuestro pabellon nacional, rompiendo nuestros tratados mas solemnes, permitiéndose palabras altamente ofensivas al honor de nuestra amada Reina, mancomunándose entre sí ambas repúblicas para desprestigiarnos, para burlarse de nosotros, para obrar de consuno nuestro envilecimiento y nuestra ruina.

Tan graves causas, las mayores sin duda que la ciencia del derecho reconoce legítimas para ponerse en guerra con potencias estrañas, comprometieron nuestro gobierno á enviar una escuadra al Pacífico que volviera por sus intereses y por su honor, exigiendo las satisfacciones y reparaciones correspondientes á semejantes daños y ofensas, y caso de negarse aquellas repúblicas á cumplir con lo que ordenan las leyes y hasta el derecho de gentes, aplicándole con sus armas un ejemplar castigo, que cuando no alcanzara á resarcir nuestros intereses y nuestros derechos, al menos vengara nuestra causa, dejando bien levantado nuestro honor á vista de las demás naciones.

Aqui es, Señores, donde la religion empieza su obra, porque aquí empiezan los prodigios de virtud que la diestra del Escelso desarrolla en el corazon de nuestros marinos. *Dextera Domini fecit virtutem.*

Era á la verdad necesaria mucha fidelidad y abnegacion para acometer aquella empresa. Despedirse de la madre patria inciertos del porvenir, dejando en ella los objetos mas queridos del alma: dar á las esposas, á los hijos y á los padres un adios que ignoraban si seria el postrero, porque iban á ponerse en guerra con paises enemigos y no sabian si lograrian vencer: correr

una travesía nada menos que de cuatro mil leguas, entre los peligros que por do quiera ofrece el mar al infeliz navegante: constituirse á tanta distancia de los propios y de las naciones amigas que pudieran ampararlos en la desgracia, para luchar frente á frente contra mal intencionadas repúblicas que peleando en su propia casa se encontraban en posicion muy ventajosa para el triunfo. Tan árdua, tan complicada, tan incierta era la empresa de la escuadra que se enviaba al Pacífico; y sin embargo, nuestros marinos no vacilan, no se arredran delante de tantas dificultades y peligros, con una decision y una fuerza de ánimo, y un verdadero entusiasmo patriótico que estraordinariamente los recomienda y los honra, se arrojan á esos mares, encaminan sus embarcaciones al Pacífico.

¿Y esos prodigios de virtud no es la religion quien los obra, Señores? ¿No vienen del cielo á sus almas? ¿Pues acaso el hombre sin Dios es capaz de virtud alguna? Ni aun para pensar bien nos reconoce idóneos el Apóstol. ¿Cómo, pues estarán en nuestras facultades las acciones grandes, los empeños difíciles, las virtudes heróicas? No: todo don perfecto se nos comunica de lo alto, nos lo concede graciosamente el Soberano Padre de las luces, segun lo afirma en su canónica el Apóstol Santiago

Es muy cierto que el hombre acomete á veces empresas arriesgadas sin que Dios tenga parte en sus actos, porque obra á impulsos de sus pasiones; pero no hay que confundir esos impulsos violentos del corazon humano, que lejos de enaltecer envilecen al hombre que los produce, con los que llevaron nuestros marinos al Pacífico; porque no fueron estos allí por ambicion ni por soberbia, ni por mezquinos intereses; fueron, sí, en cumplimiento de su deber; fueron por satisfacer su ordenanza militar; y en este caso su espedicion necesa-

riamente es una virtud, y virtud grande, si se estudia la naturaleza de ella y todas sus circunstancias: y como tal virtud solo Dios pudo obrarla en sus almas y la obró, en efecto, por medio de la religion. Porque la religion es la que enseña al militar á cumplir con sus deberes, la que le inspira con sus santas máximas esa abnegacion, esa fidelidad, esa fortaleza, ese heroismo que ostentaron nuestros marinos en el hecho solo de emprender su navegacion.

Yo apelo en este momento á la conciencia de ellos mismos, donde es bien seguro oyeron esa voz interior del cielo que los comprometía á cumplir las órdenes superiores y daba á sus almas un esfuerzo sobrenatural para desempeñar con esmero la árdua mision que se les confiara en bien de la madre patria, por cuyos intereses nos dice la religion que el hombre debe trabajar hasta morir.

Reconoced, pues, mis amados hermanos, aun en los principios de la obra grandes prodigios de virtud obrados por el cielo. *Dextera Domini fecit virtutem.* Ved como la religion prepara el triunfo en sus almas disponiéndolos al sacrificio.

Al sacrificio dige, ¡ay señores y cuantos, y qué grandes, y qué imponderables los que nuestros fieles y esforzados marinos han consumado en las aguas del Pacífico! Cerca de cuatro años situados en aquellos mares, sufriendo el rigor de las estaciones, sin pisar la tierra, sujetos á privaciones molestísimas, desprovistos de ropa y hasta de calzado, con alimentos escasos y malos, viniendo á ocasionarse con tales sufrimientos una enfermedad mortífera que ha llevado mas víctimas al sepulcro que los proyectiles horrendos del enemigo. Todo esto lo han sufrido nuestros marinos con una resignacion admirable, dando pruebas heróicas de abnegacion, de fidelidad, de paciencia y fortaleza, especialmente las

tripulaciones, los infelices marineros, verdaderas víctimas de aquella situacion desventurada: y sin quejarse, Señores, sin solicitar su vuelta á España, sin dejarse llevar de un arranque de las pasiones para tomar venganza de sus trabajos en el enemigo; esperando siempre con inalterable calma las órdenes del Gobierno, sin mas ansias ni mas propósitos que los de cumplir con sus deberes militares, contándose en la tripulacion setecientos hombres cumplidos y ni aun estos solicitaban su relevo; porque todos participaban de un mismo espíritu, del noble empeño de salvar el honor y los intereses de su patria; por conseguir un bien tan alto, ni siquiera uno habia entre tantos que escusara su propio sacrificio.

Esta conducta, Señores, es superior á todo elogio, yo no encuentro palabras con que encarecer dignamente prodigios de virtud de este género: aunque la religion no nos lo enseñara, nuestra misma razon habría de persuadirnos que ellos no podian venir sino del cielo, que el hombre por sí solo, no podia hacerse tan superior á sí mismo, que era Dios quien inspiraba á nuestros marinos esa resignacion y esa fortaleza, quien sostenia sus ánimos en medio de sufrimientos tan acerbos. La religion de Jesucristo que convierte al hombre en víctima de su deber, y lo consuela y lo anima con sus santas reflexiones sobre el altar mismo del sacrificio: esa religion de verdad y de virtud en cuya escuela se han educado nuestros marinos y que tienen tan entrañada en sus almas, esa es realmente la que ha obrado el prodigio, como brazo del Dios Omnipotente que por medio de ella ejerce su divina influencia en nuestras almas para bien de la sociedad. *Dextera Domini fecit virtutem.*

¿Y quién no admira en esos mismos prodigios la exaltacion de nuestra marina y por ella de nuestra Es-

paña? ¡Ah! Nunca, Señores, mas exaltado el hombre que cuando se manifiesta lleno de virtud; entonces alcanza su mayor grandeza en la presencia de Dios y aun en la tierra se corona de inmarcesible gloria, porque es imperecedera la fama de la virtud.

Aun cuando nuestros marinos no hubieran atacado las plazas enemigas, por no haber recibido para ello las correspondientes órdenes del Gobierno, se hubieran siempre hecho muy recomendables por los sacrificios que han consumado en el Pacífico en la azarosa espectativa del último resultado de la mision que allí fueron á desempeñar; y España podria gloriarse de tener una marina perfectamente disciplinada, que en ocasiones difíciles sabe á costa del propio sacrificio cumplir con su deber. *Dextera Domini fecit virtutem. Dextera Domini exaltavit me.*

Nos quedan por ver todavía prodigios muy grandes, los de la pericia militar, los del valor y la fortaleza en la hora del combate, que tan llena de vida y de gloria nos muestran á la marina y á nuestra España. Entremos, pues, en el exámen de este punto interesantísimo y acabaremos de admirar las maravillas del Señor. *Dextera Domini fecit virtutem: non moriar sed vivam et narrabo opera Domini.*

SEGUNDA PARTE.

Muy embarazado, Señores, me encuentro yo en este momento; porque descubro un campo inmenso delante de mi vista lleno de flores preciosísimas, de corpulentos arbustos y frondosos árboles, y comprendo que no es posible correr su vasta estension, ni detenerse en cada uno de esos interesantísimos objetos para contem-

plar su belleza y esplicaros su hermosura, para regalarme en union de vosotros, mis amadísimos hermanos, con la fragancia que derraman de sí.

Ya habreis conocido que el campo de que yo hablo es la accion del Callao, donde se ha hecho inmortal nuestra marina: esa accion donde el valor y la destreza se han ostentado de un modo muy superior á lo que puede espresar la lengua humana: donde se han multiplicado hasta formar guarismos incalculables los actos de virtud mas difíciles y mas heróicos; donde se han visto rasgos sublimes de heroismo militar que arrebatan en su contemplacion el alma: donde el amor patrio ha rayado en su mayor altura en todos los corazones: donde se han pronunciado palabras y se han practicado acciones y se han representado escenas que nos llevan como por necesidad al texto sagrado *Dominus fecit virtutem* buscando en Dios la razon de ellas, porque de otro modo no podrian tener lugar ni aun imaginarse. Y sobre ese campo tan florido se nos muestra un cielo despejado, lleno de luz, derramando los resplandores magníficos de una victoria insigne, cual ha sido el glorioso término de esa accion brillantísima de nuestra armada naval. ¿Cómo, pues, he de abrazar yo tanto en los estrechos límites de un discurso, mucho mas encontrándome apremiado por las circunstancias que ya me obligan á ser breve para no abusar demasiado de vuestra paciencia?

Aquí mi grave conflicto, porque apenas puedo hacer mas que indicaciones muy ligeras, sin entrar en esplicaciones y detalles que serian tan conducentes para presentar los hechos en su verdadero punto de vista, para que se conociera todo el valor de ellos y se palparan de lleno los grandes prodigios que ha obrado el cielo en esa campaña gloriosísima. *Dextera Domini fecit virtutem.*

Ya nuestra escuadra habia hecho como un ensayo de su pericia y su valor y hasta de sus sentimientos humanitarios y sociales en el bombardeo de Valparaiso. Y sobre todo ostentó su génio guerrero, sus profundos conocimientos marítimos, su arrojo, su valor, su abnegacion, su heroismo, que se yo qué mas decir, porque el entusiasmo del corazon llena de imágenes brillantes el alma sobre el hecho á que me refiero y no encuentro palabras que me satisfagan.

Hablo, Señores, de la atrevida resolucion que llevaron á cabo los hoy Excmos. Brigadieres de la Armada D. Cláudio Alvar Gonzalez, que nos cabe la alta honra de tener entre nosotros, y D. Juan Topete, nuestro dignísimo convecino, en la gloriosa jornada de Abtao; de la empresa de ir á buscar las embarcaciones chilenas, que despues de habernos apresado un buque, y no digo otra cosa porque la espresion propia para calificar rigorosamente el hecho es indigna de este sitio, despues, repito, de haberse apoderado de nuestra pobre *Covadonga* de una manera altamente ignominiosa, mas á propósito para manchar la historia de Chile que para enaltecer sus glorias marítimas, despues de esa tristísima hazaña fueron los buques chilenos á esconderse al abrigo de sus costas huyendo de nuestra escuadra, y se escondieron donde comprendian que no podian ser buscados porque no lo permitia la situacion del lugar. Pues allí fueron en los brazos de la Providencia, bien puede decirse, Señores, los marinos que me oyen y conocen los gravísimos peligros de aquel punto marítimo comprenderán perfectamente toda la verdad que se encierra en mis palabras. Allí fueron la *Villa de Madrid* y la *Blanca* con su confianza puesta en el cielo y con un tacto admirable; y en aquel verdadero laberinto de bajos y de peñascos, donde las embarcaciones del pais se manifestaban perdidas, pudo entrar y salir victoriosa parte

de nuestra escuadra, despues de haberse batido de la manera posible con su adversario.

Muy animada en verdad se encontraba nuestra marina con estos triunfos y con impaciencia esperaba las órdenes del Gobierno para dar el golpe decisivo, para humillar la arrogancia insolente del Perú, que acabada de estrecharse nuestra alianza con su república, hizo pedazos el tratado y lo arrojó con desprecio de sí declarándonos la guerra. Corriendo iba muy avanzada en su marcha la noche del primero de Mayo cuando se recibió la órden definitiva de atacar una plaza de aquella república, y nuestra escuadra, que ya autorizada en cierto modo por instrucciones que poco antes habia recibido tenia acordado el ataque, no esperó á que pasara una docena de horas para acometer la empresa, inmediatamente emprende su marcha. Era muy del caso aprovechar el dia 2 de Mayo, de tan gloriosos recuerdos para las armas españolas, por haber dado en él nuestros valientes y leales artilleros pruebas heróicas de valor en defensa de nuestra independencia nacional.

¿Pero adonde van nuestros marinos? ¡Ah! aquí de su valor, de la conviccion íntima de su pericia y de su fuerza; he dicho mal, aqui de su confianza en Dios, porque sin ella nunca humanamente se hubiera proyectado semejante empresa: así es que los que la miran solo atendiendo á los recursos humanos la califican de temeraria.

Dice Jesucristo Nuestro Señor en su santo y divino evangelio, recomendándonos la prudencia cristiana con que debemos obrar el arriesgado negocio de nuestra eterna salvacion, que si hay por ventura algun Rey que teniendo que pelear con otro no tome en cuenta sus fuerzas y las de su contrario, á fin de que haya la debida proporcion entre ellas para evitar el bochorno que le causaría haber de retirarse, aun antes de empezada

la accion, por encontrarse muy por debajo de su enemigo en el grueso de sus ejércitos.

Pues, Señores, esa prudencia que es tan justa y tan necesaria en toda accion de guerra si ha de tener un buen resultado: esa prudencia, que debia tener tanto mas lugar en nuestra escuadra cuanto que no habia recibido órden para bombardear un puerto determinado, por lo cual estaba en sus atribuciones escogerlo, y desde luego dictaba la prudencia militar y hasta el voto de confianza que en la misma habia depositado el Gobierno, elegir uno que estuviera en armonía con las condiciones de sus buques y con sus fuerzas, un puerto que ofreciera las probabilidades de un triunfo, ó por lo menos un resultado siquiera dudoso; esa prudencia les faltó.

¿Y sabeis por qué faltó la prudencia á nuestros marinos? Porque les sobró el valor; porque ardía en sus pechos esa sangre española que tan colosales empresas ha acabado en el mundo; porque estaba muy resentido su amor patrio; y el deseo ardiente que tenian de levantar muy alto el honor de España, como que los engañaba, les hacia creér que eran mayores sus fuerzas, se prometian mucho de su pericia militar, de su perfecta disciplina, del entusiasmo que notaban en los gefes, en los subalternos, en los guardias, en los soldados rasos y en la marinería solo con dar un viva á la Reina; porque creian en Dios, que ha sabido en nuestra Península con un puñado de valientes destrozar las huestes Agarenas y poner en fuga numerosos ejércitos; en ese Dios que humilló en los campos de Bailen delante de nuestras filas el poder colosal del llamado capitan del siglo; en ese Dios que nos ha dicho en los libros santos que la fortaleza y el triunfo no son de las fuerzas que arman los hombres sino de aquel á quien quiere concederlo su misericordia, como se la concedió y en tal gra-

do al solo brazo de Sanson que sin mas armas que la quijada de un jumento pudo quitar la vida de una vez á mil filisteos.

Porque creian en ese Dios de las batallas y en su Madre Santísima que siempre protegió nuestras empresas mas difíciles; porque estaban, en una palabra, llenos de valor, de fé y de confianza y sobre todo dispuestos al sacrificio, no vacilaron en dirigirse al Callao, á fin de que los peruanos y los chilenos y el universo entero conociera que la marina española no teme los peligros, antes al contrario los busca, pelea con sus enemigos frente á frente, y donde ellos ostentan mayor fortaleza allí pone ella su pecho para recibir los golpes, sin medir siquiera sus fuerzas, todo esperándolo de su inteligencia y su valor.

Por eso con seis buques de madera y solo una fragata blindada se coloca delante del Callao, que presentaba al contrario dos torres blindadas y una muralla con noventa cañones, dispuestos muchos de ellos para arrojar proyectiles de trescientas y de quinientas libras. ¿Quién, señores, no admira en ese solo hecho una reunion estraordinaria de prodigios de ciencia, de valor y de virtud? *Dominus fecit virtutem.* Sí, Dios y solo Dios puede infundir pensamientos tan elevados, sentimientos tan magnánimos en el corazon del hombre. ¡Oh y á qué altura tan eminente se levantó nuestra marina solo con presentarse delante del Callao para batirlo en brecha! Aun cuando la accion no se hubiera realizado Señores, aun cuando todos hubieran perecido en ella, su fama seria inmortal, los nombres de sus ilustres gefes se hubieran agregado á los de Gravina, Churruca y Alcalá Galiano, que perecieron con muerte muy gloriosa en el cabo de Trafalgar.

Sed non moriar pero no morirá, no, esa marina tan ilustre: el Dios de las batallas que le dió la decision y

el valor, le concederá tambien la fortaleza y el triunfo, y despues de acreditar nuestra marina en las aguas del Pacífico que aunque con menos buques es hoy lo mismo que fué en Tolon, en Lepanto, en el mar de la India y en el inmenso Océano que baña todo el continente americano, lo que ha sido siempre, la primer marina del mundo, que á ninguna cede en ciencia, en disciplina y en valor, despues de dar ese testimonio tan imponente y tan solemne, volverá llena de júbilo á abrazarse con la madre patria, á ceñirse los laureles de su triunfo, á entonar en nuestros templos cánticos de gloria publicando con entusiasmo las maravillas del Señor. *Non moriar sed vivam et narrabo opera Domini.*

Así ha sucedido en efecto, Señores: los pormenores y los resultados gloriosos de esa accion de guerra ya los sabeis: los habeis leido en los papeles públicos, en los partes oficiales, en las correspondencias particulares. Yo no puedo entrar ahora en ese terreno vastísimo donde tanto hay que decir y que admirar; ni hablando con verdad, Señores, tengo yo corazon para ello: han pasado allí cosas que yo no puedo recordarlas sin enternecerme, y cuando pienso en ellas queriendo esplicarlas la misma abundancia de los afectos me ahoga las palabras.

Proyectiles, como ya me habeis oido, de trescientas y quinientas libras, que llevaban consigo á nuestros buques la mas espantosa ruina, eran recibidos con gozo, y morian nuestras gloriosas víctimas dando vivas á la Reina, preguntando si quedaban muchas fuerzas al enemigo y manifestándose muy satisfechos de morir cuando concebian esperanzas de que nuestra escuadra pudiera vencer. No hay, Señores, patriotismo y entusiasmo que pueda compararse con el del soldado español.

Allí, Señores, precisamente en la fragata *Villa de Madrid*, que tenemos fondeada en la bahia de nuestro puerto, á la explosion de un proyectil horrendo, que

dejó treinta y nueve hombres fuera de combate, me cupo á mí la gloria de que se derramara sangre de la que corre por mis venas, la de un bizarro jóven alferez de navío que ha inaugurado gloriosamente su carrera de armas, sellándola con el sacrificio, con el sacrificio que llevará siempre estampado en su frente como su distincion mas honorífica: con pena recuerdo hoy su memoria, porque la rigorosa disciplina militar que le ha trasladado á otro buque, nos priva de la satisfaccion de verle sentado en esos bancos. Y con la sangre del pariente que entonces se derramara fué tambien dolorosamente mortificada por otro proyectil no menos horrible en la fragata *Numancia* la persona apreciabilísima de un íntimo amigo, hijo como áquel de esta ciudad, estraordinariamente benemérito de la patria por los importantes servicios que ha prestado en su delicado cargo, y aun mas recomendable que por su valor y su destreza por su piedad y su virtud.

Allí pasaron á mejor vida guardias marinas de nuestras mas distinguidas familias que habrán recibido en el cielo el colmado premio de su grande sacrificio.

Allí hubo gefes dignísimos, como el primero de la Armada, que ni heridos abandonaban el combate, que engañados por su mismo valor imaginaban poder mas de lo que realmente permitian sus fuerzas y ni aun rogados con instancia se retiraron de su puesto mientras les fué posible conservarse sobre sus piés.

Allí hubo un hombre tan entusiasmado, tan frenético, me atrevo á decirlo, por luchar y por vencer, que habiéndose incendiado su buque y preparándoseles una muerte horrorosa si el incendio se comunicaba al polvorin, primero quiso quedarse sin vida que sin pólvora, prohibiendo por lo mismo que esta se inutilizara con agua para evitar la esplosion. Y este buque, Señores, contenia nada menos que seiscientas personas y todas

participaron del mismo entusiasmo y frenesí, porque aplaudieron la medida ó por lo menos la aceptaron sin contradiccion. Por Dios, no llamemos ya á eso frenesí, no, el frenesí lo padece un hombre solo, pero no seiscientos de distintas condiciones y edades sin haberse antes confabulado, llamémosla, sí, resolucion heróica que como inspirada por el cielo, como todos los pensamientos grandes, tuvo un resultado felicísimo, porque el incendio logró dominarse conservando el buque todas sus provisiones de guerra.

Allí hubo una embarcacion que casi quedó abierta por un costado á consecuencia de uno de esos proyectiles horrendos, y cuando todos temian que se sumergiera de un instante á otro, sin arribar á ningun puerto y aun sin recibir el auxilio que le ofrecieron buques estraños, con su propia industria y sus recursos reparó su enorme avería en un momento codiciosa de volver á la lucha como si saliera del dique con la fortaleza de un barco que acaba de construirse: tanta era su ánsia de pelear para tener parte en el triunfo.

Veis cuántos rasgos sublimes de pericia y de valor militar. Veis cuántos hechos heróicos de abnegacion, de paciencia, de fidelidad, de amor patrio, de invencible fortaleza. Veis cuántos prodigios de virtud obrados, porque no podia ser de otro modo, por la diestra del Exelso. *Dextera Domini fecit virtutem*? ¿Cómo habia de morir una marina tan llena de virtud? Dios, Señores, nunca hace sus obras á medias; cuando preparó, pues, el triunfo inspirando á nuestros marinos disposiciones tan escelentes, fué precisamente para concedérselo, para coronarlos de gloria en aquellas aguas que habian sido el teatro de acciones tan heróicas.

Vedlo ahí, hermanos mios, en los resultados felicísimos. Un triunfo de ese género no tiene ejemplo en los fastos de la historia. Con siete buques, seis de ellos de

4

madera, ha triunfado nuestra marina de una plaza perfectamente fortificada, arrojando sobre ella hasta seis mil proyectiles que hicieron volar una de sus torres y desmontaron sus cañones, y apagaron sus fuegos, y los dejaron inhabilitados para sostener por mas tiempo el combate, en que llenos de orgullo presumian nuestros enemigos ocasionarnos una irreparable ruina. Ni sus infames torpedos pudieron valerles para realizar su cobarde y bárbara empresa, porque la prevision, la destreza y el arrojo de nuestros marinos supo burlar aquellas máquinas infernales.

Loor eterno á nuestra ínclita marina que salvándose de esa muerte al parecer humano tan segura, se ha confortado en su propia vida coronándose de gloria, y ha levantado nuestro pabellon á tal altura que las naciones estrañas habrán de mirarnos con respecto, al ver como sabe España tomar satisfaccion de sus agravios cuando injustamente se le ofende.

Y habiendo sido la victoria como milagrosa, Señores, y precedida de virtudes tan eminentes ¿no reconocerán en ella los mismos marinos con nosotros el beneficio del cielo, y un beneficio tan lleno de prodigios como lo han sido todas las estraordinarias circunstancias del suceso? Nada mas cierto, Señores, todo lo que este triunfo tiene de admirable es un testimonio de la proteccion divina.

Y si me preguntais quién alcanzó para nuestros marinos esa proteccion soberana? Os contestaré yo que la religion: la religion que en aquellos azarosos momentos obraba con toda fuerza dentro de sus almas. A Dios se encomendaron nuestros marinos para presentar el combate; á María Santísima que jamás desatiende nuestras súplicas en el dia de la tribulacion, y llevaban muchos de ellos pendiente de sus hombros su santo escapulario, y en algunos de sus camarotes tenian colgada su

Sagrada Imágen, y por su triunfo rogaban acá entre nosotros con muy fervorosas plegarias tiernas esposas, amantes hijos, cariñosas madres, hermanos muy queridos, amigos fieles: rogaba el pueblo con el clero, y tambien nuestras vírgenes sagradas ofrecian al cielo su perfumada oracion.

Pues bien, Señores, el incienso de tanta oracion llegó hasta el trono del Altísimo, la intercesion de María fué acatada como lo es siempre en la presencia de la Divinidad: se otorgó á sus ruegos la victoria, y para señal visible de que el beneficio venia por su mano, por las manos de María, Señores, quedó incolume su Sagrada Imágen á la cabecera de la cama del muy ilustre Capitan de la *Blanca*, cuando un proyectil desolador que penetró en el aposento convirtió en cenizas los cuadros que se encontraban colocados á su derecha y su izquierda, saltando sus elementos desoladores de un lado á otro sin tocar en el centro, por respeto á la Señora de las batallas que allí estaba para obrar el gran prodigio.

Bendita sea su misericordia, Señores. Bendito Dios que la crió para consuelo de los hombres, para que fuera el paño de nuestras lágrimas, y nuestra protectora, y nuestra madre en el dia de la tribulacion.

Señores, yo siento haber molestado vuestra respetable atencion; pero el asunto es de tal naturaleza que no me ha sido posible reducir mas el discurso. Creo haber llenado mi objeto mostrándoos la obra de Dios, y por consiguiente, de su religion santa, en el triunfo que acaba de conseguir nuestra marina en las aguas del Pacífico. Os he manifestado los prodigios de virtud que Dios ha obrado en ellos, disponiéndolos para el combate, por los cuales se ha hecho tan recomendable este distinguido cuerpo del ejército, y los que ha obrado en los momentos de la lucha, acabando de coronarlos de gloria y por su medio á nuestra España con su esclarecido triunfo. Maravillas

muy grandes del poder y de la gracia de Dios hemos admirado en este hecho de armas, sobre toda ponderacion glorioso; levantemos, pues, muy alto la voz para predicarlo en la conclusion del discurso con las palabras del texto sagrado que fijé como base de él al principio. *Dextera Domini fecit virtutem: Dextera Domini exaltavit me. Dextera Domini fecit virtutem. Non moriar, sed vivam et narrabo opera Domini.* La diestra del Señor ha obrado prodigios: la diestra del Señor me ha exaltado: la diestra del Señor ha obrado prodigios. No moriré, antes bien viviré y publicaré las maravillas del Señor.

Señores Marinos, yo os doy el parabien por vuestra gloriosa campaña, os lo doy con toda mi alma; porque como sacerdote y como español tomo una parte muy principal en las glorias de mi pais.

Tambien doy el parabien á España por haber logrado restablecer su antigua marina, formando con ella un cuerpo respetable de ejército que puede competir con el de las mas florecientes naciones.

Se lo doy á Cádiz como madre patria de muchos de tan ilustres marinos, y al Departamento de San Fernando y á su ilustre Colegio Naval, que forma parte de nuestra isla gaditana, como distinguida escuela de marinos tan entendidos y tan valientes.

Ahora quiero yo haceros un encargo, Señores Marinos, que os glorieis en buen hora de vuestro triunfo; pero os glorieis como lo encargó el Apóstol, en Dios y solo en Dios *qui gloriatur in Domino glorietur.* Nada mas justo, supuesto que de él viene la ciencia y la fortaleza, y con su gracia se han obrado los prodigios de la guerra: que á Dios agradezcais vuestro triunfo, que en Dios busqueis el acierto y la virtud en todos vuestros combates, y para merecer su proteccion á Dios busqueis en todas vuestras obras. Que seais profundamente religiosos, que conserveis íntegra vuestra fé y deis testimonio de ella en to-

das partes. Que jamás tomeis las armas en la mano sino cuando la religion os lo mande, cuando la autoridad lo ordene, cuando lo exija el cumplimiento de vuestro deber. Haciéndolo así, Dios caminará siempre con vosotros, llevareis su bendicion en todas vuestras militares empresas, vuestra vida en el mundo se coronará de gloria y con los sacrificios de vuestra ilustre cuanto árdua profesion acumulareis grandes merecimientos para la eternidad.

Vamos ahora todos á rendir delante de la Magestad del Señor nuestro homenage de gratitud en que se reunan con las alabanzas de los labios los afectos de nuestro corazon para que sea digno de su santidad soberana.

Yo te lo ofrezco, Señor, en nombre de todos los presentes y te pido la bendicion de tu poder y tu misericordia para toda la marina española, para el pueblo de Cádiz, para la Nacion entera y la Iglesia Universal, á fin de que obrándose en todos nosotros los prodigios de tu virtud, seamos exaltados en el mundo, vivamos llenos de consoladoras esperanzas y cantemos ahora en la tierra y despues en el cielo tus grandes maravillas por una eternidad.